

EL ATENEO AMERICANO DE WASHINGTON

P o r J O S E S . D .
C. de la Academia Nacional de Venezuela

I

UNO de los más ilustres escritores de Centro América, el hondureño Rafael Heliodoro Valle, tan docto profesor como ágil periodista y agudo diplomático, nos envía desde la capital de los Estados Unidos unos boletines pulquérrimos por los que sé que se ha fundado, a finales del año 1949, el Ateneo Americano de Wáshington, especie de Casa de la Cultura de todas las Naciones Hispánicas, además de Norteamérica. El móvil es reunirse «para trabajar al servicio de la inteligencia en este —aquel— hemisferio y para seguir buscando, por los caminos de la cooperación y de la comprensión, la amistad y la simpatía de nuestros pueblos, su mutua comprensión, y a la vez para colaborar en la gran tarea que estadistas, juristas, educadores y maestros siguen realizando para afianzar los vínculos de la comunidad americana». Si consiguen tan nobles propósitos, ¡loado sea Dios!

Aparte de que esta institución autónoma —según el Estatuto provisional—, constituída por escritores americanos, ha de preocuparse porque su labor esté al servicio de la cultura de América, el

Ateneo ha de estar compuesto de ciento veinte socios: 22 de número, residentes en Wáshington; 21 corresponsales, uno en cada país americano de habla hispánica, y 45 correspondientes en los Estados Unidos, aparte de los honorarios que se puedan nombrar, eligiendo personas intelectuales de destacado prestigio continental. en cada una de las naciones de Hispanoamérica y Haití.

Por orden alfabético he aquí la lista de los socios fundadores del Ateneo Americano: Emilio Abreu Gómez, director de la revista *Letras de México*, miembro del Pen Club y autor de muchos libros interesantes, entre los que citaremos «Bibliografía de Sor Juan Inés de la Cruz», «Juan Pirulero» y «Canek». Francisco Aguilera, buen escritor chileno, antiguo periodista de *La Nación*, de Santiago, traductor afortunado de Whitman y subdirector de la Fundación Hispánica de la Biblioteca del Congreso yanqui. Jorge Basadre, historiador peruano y ex director de la Biblioteca Nacional de Lima; ha publicado, entre otros libros, «Historia de la República del Perú», «Perú, problema y posibilidad» y «Literatura Inca»; perteneció como catedrático a la Universidad de San Marcos, fué Ministro de Educación Pública y es miembro de la Academia Peruana de la Lengua y de la Sociedad Peruana de Filosofía. Manuel Crespo, ensayista ecuatoriano, colaborador de varias revistas hispanoamericanas, como *Repertorio Americano*, de San José de Costa Rica, y *Cuadernos Americanos*, de México. Antonio Gómez Robledo, escritor mejicano, ex catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de México y autor de los libros «La Filosofía en el Brasil» y «Política del P. Vitoria». Juan Guzmán Cruchaga, poeta chileno, autor de «La mirada inmóvil», «Lejana» y alguno más; dirigió, con Vicente Huidobro, la *Revista Azul* y *Musa Joven*. Enrique Kempff Mercado, escritor boliviano, diplomático y autor de las obras «Gente de Santa Cruz» y «Tierras interiores». Juan Bautista de Lavalle, catedrático peruano y ensayista, al que se deben «La crisis contemporánea de la Filosofía del Derecho» y «La lectura femenina y el espíritu de la nueva biblioteca». Alberto Lleras, ex Ministro colombiano de Edu-



cación, ex presidente de la República de su país y un gran periodista siempre.

Además, con fundadores, el poeta guatemalteco Antonio Morales Nauler, diplomático y autor de «Romances de Tierra Verde». Luis Guillermo Plaza, profesor argentino, director de la revista *Cultura*, especializado en el estudio del Derecho en la América hispánica. José Rafael Pocaterra, intelectual venezolano, embajador de su país y autor de «Memorias de un venezolano de la decadencia», «Vidas oscuras» e «Integración venezolana». Luis Quintanilla, demagogo mejicano, al servicio de la U. R. S. S., fundador en Méjico del «Teatro del Murciélago». Manuel F. Rugeles, poeta de Caracas, primer premio en los Juegos Florales Iberoamericanos de 1947 y autor de «Cántaro», «Errante Melodía» y «Memorias de la Tierra». El filósofo argentino Aníbal Sánchez Reulet, a quien se deben los libros «Raíz y destino de la Filosofía», «La traición de la inteligencia» y «La teoría de las categorías de Lask». Philippe Thoby-Marceline, novelista haitiano, autor de «Haití busca su expresión» y coautor de «La bestia de Musseau» y «Canapé verde», premio de la Editorial Farrar and Rinehart, de Nueva York, 1943. Rafael Heliodoro Valle, el gran literato y universitario hondureño, autor de un par de docenas de libros agotados, entre los que recordamos «Imaginación de México», que editó en la Colección Austral de Espasa-Calpe, S. A.; «México imponderable», «Itúrbi-de, varón de Dios» y «Contigo»; ejerce, a veces, la diplomacia, ha sido catedrático muchos años en Méjico, es un magnífico periodista que obtuvo el Premio Cabot —Columbia, 1940— y pertenece a numerosas Academias Nacionales de Hispanoamérica. Y, por último, Alberto M. Vázquez, catedrático y literato puertorriqueño, autor de «Cartas de don Diego Hurtado de Mendoza», «Cuentos del Sur» y «Paisaje y hombres de América»; se doctoró en la Universidad de Yale y es catedrático de Lenguas Romances.

Tales son los propósitos del Ateneo Americano de Wáshington y sus miembros fundadores de habla hispánica, aparte de los norteamericanos. Hacemos votos por su labor honrada y objetiva en los problemas específicos de la cultura y de las artes, procurando

una comprensión profunda y serena de la labor presente de las naciones americanas, la cual no hubiera sido posible sin la misión ecuménica de España.



II

CULTURA Y AMISTAD HISPANO-HAITIANA

Recientemente, realizado el cambio de notas diplomáticas para el mutuo reconocimiento entre el Estado español y la República de Haití, llegó a nuestra Patria el Ministro plenipotenciario, excelentísimo señor don Arnild Saint-Rome, que acaba de presentar sus cartas credenciales al Caudillo, conversando cordialmente con Franco. Como saludo de amistad al Representante de aquella vieja y noble tierra antillana, vamos a escribir hoy de algunos aspectos, entre tantos interesantes, de Haití.

Dice con razón Dantés Bellegarde en *La Nation Haitienne*, que por su geografía física y humana, por su historia, su organización económica, su sistema educacional, su religión y su cultura, Haití debe merecer la atención de todo el que estudie la evolución de los pueblos. Haití, que ocupa la parte oriental de la isla antillana de Santo Domingo y que en la lengua de los *arawaks*, el antiguo pueblo aborígen que ocupó aquellas comarcas, quiere decir país boscoso y montaraz, tiene una extensión, aproximada, de 27.552 kilómetros cuadrados y una población de más tres millones y medio de habitantes, de donde resulta que es el país más poblado de América.

Etnicamente, el pueblo haitiano tiene rasgos muy variados, resultante de la fusión de elementos africanos, franceses, españoles y de otros orígenes. El mestizaje, pues, se presenta en una curiosa gama de matices, que varía desde el blanco, con algunos caracteres de color, hasta el negro puro, que en las Repúblicas de Haití y de Liberia se sienten honrados y felices. A pesar de tal diversidad cromática, el pueblo constituye una nación homogénea, sobre todo

si se le considera como un conjunto de individuos que tienen recuerdos comunes en el pasado y que están obligados a adaptarse a circunstancias geográficas inmutables. En efecto, las variaciones de color no han impedido que la población haitiana deje de sentirse unida por nexos tradicionales, que mantienen fervorosamente. Henri Hoeyllaerts dice en *La République d'Haiti* que las injustas diferencias raciales sustentadas por algunos pueblos de piel blanca, entre los que no cabe incluir a España, porque aquí sabemos y sentimos desde hace muchos siglos que todos los hombres —blancos, amarillos o negros— son iguales ante Dios, ha sido un factor importante en la creación de la unidad nacional, aparte de la solidaridad de intereses económico-políticos, de la igualdad de pensamiento y acción.

Efectivamente, la ascendencia del laborioso pueblo haitiano, depurada a través de luchas históricas, justas e injustas, crueles o apasionadas, sus valientes rebeldías ante la opresión ejercida por nacionales y extranjeros, el hábito de vivir en estrechos límites territoriales, el orgullo racial de su color, las maneras comunes de pensar, de sentir, de obrar y de sufrir las repercusiones de acontecimientos internos y externos, aunque haya grandes diferencias individuales de educación, dinero y cultura, han modelado un tipo medio de haitiano que posee entre los grupos humanos su fisonomía particular. Hay los descendientes de Toussaint-L'Onverture y de Alejandro Petion, caudillos de su libertad, pueden decir en la noble independencia en que viven y laboran, con la voz ilustre de un hermano de raza L. Hughes, aunque no de lengua, en *The Weary Blues*:

¡Aquí estamos!

*La palabra nos viene
húmeda de los bosques,
y un sol enérgico
nos amanece en las venas;
el puño es fuerte,
y tiene el remo...*

Haití es un país bastante montañoso; la sierra de la Selle es la más alta, 2.715 metros. El único río importante es el llamado Artibonito. El clima es sano y cálido. El suelo es rico en minerales, como oro, plata, cobre, hierro, mercurio, cuarzo, carbón, lignitos y manganeso. El café, el cacao, el algodón, la caña de azúcar, el caucho y el tabaco son sus principales productos agrícolas. Asimismo, produce ganado y empieza a tener algunas industrias notables, creadas en parte durante la última guerra mundial. La capital de la República es Puerto-Príncipe, con cerca de trescientos mil habitantes, y todas las bellezas y comodidades de una ciudad moderna, situada en el Golfo de Gonsce, frente a la cual se abre un hermoso puerto. El Gobierno de Haití es republicano unitario, siendo elegido el Presidente por las dos Cámaras que forman la Asamblea Nacional. Actualmente es Jefe del Estado S. E. D. Dumarsais Estimé.

Los nexos históricos que unen a la República de Haití con España datan del siglo xv nada menos, pues sabido es que la Isla Española o de Santo Domingo fué descubierta por Colón el 6 de diciembre de 1492 y españoles fueron sus colonizadores primitivos, importando hombres de raza negra desde las costas africanas. En gran parte, sus hábitos de laboriosidad, de bravura, de honradez y de fe católica se los dió España, esta vieja nación, madre de los pueblos, que hoy acogé con gozo familiar al Representante diplomático de la hermosa tierra antillana.

III

LETRAS SALVADOREÑAS: AMBROGI Y SALARRUÉ

Trátase de dos excelentes narradores contemporáneos de El Salvador. El primero, al menos cronológicamente, es Arturo Ambrogí, desconocido en España, debió nacer en el último cuarto del siglo xix.

Fué diplomático de carrera y ejerció diferentes cargos en Asia,

Europa y Estados Unidos. De su estancia en Oriente dejó huella en su libro «Sensaciones del Japón y de China», bien acogido por la crítica centroamericana.

Indudablemente se trata de un hombre extraordinariamente culto y que ha viajado mucho, descollando en los libros de imaginación por un estilo personal, pulcro y nada vulgar, con el que anima los cuadros costumbrísticos y las escenas indígenas salvadoreñas.

Su labor periodística la recogió en dos tomos, titulados «Crónicas marchitas» y «Marginales de la vida». Este último publicado en 1912, en cuidada edición que poseemos, con prólogo de Juan Ramón Uriarte. Ambrogi se nos muestra en esta obra como cronista excepcional, para quien no tenían secretos las tertulias literarias de París ni la cultura europea.

Su obra imaginativa está representada por los títulos siguientes: «El libro del trópico», «Don Jacinto», «Vidas opacas», «Alma indígena», «Historia de Malespín» y «Atanasio Aquino Rex».

Con el pseudónimo de *Salarrué*, ya famoso en las letras de Centroamérica, firma uno de los más interesantes escritores salvadoreños de la hora actual: Salvador Arrué. Autor de bastantes volúmenes, en los que palpita la humanidad y el costumbrismo centroamericano; pero en ninguno de sus libros hay tan honda solera autóctona como en «Cuentos de barro», que es como si dijéramos el ánfora moderna que contiene la linfa espiritual de El Salvador.

En esos cuentos se nos muestra un *Salarrué* soñador, de atrevida fantasía, que ve convertidas las cosas más vulgares en imágenes vivientes, copiando en trazos inimitables la vida de las gentes más sencillas e incultas de su país. Arrué dice con inocente impudicia la frase torpe y bárbara que se volvió cristal en el horno ardiente de su corazón de escritor. Leyendo el cuento «Bajo la luna», se siente la emoción de lo exótico y la tranquilidad maravillosa de las noches claras de El Salvador, alfombrando de luna los tejados de las casas rurales que duermen su abulia en la orilla pintoresca de los lagos. Tiene sabor clásico de manigua centroamericana.

En «La petaca», «El serrín de cedro» y «El viento», nos hace vibrar con el intenso dolor de unos personajes trágicos, criaturas incapaces de reír y de otra cosa que no sea un manso sufrimiento sin protesta.

También hay en las páginas de *Salarrué* retazos de gran ternura y estupendas imágenes; refleja como ningún otro escritor salvadoreño de nuestros días el alma dulce y triste de los indios. Vive en sus cuentos y en sus novelas la costumbre centroamericana de apretar las palabras unas contra otras, en contracciones pintorescas, quizá en un vago anhelo de quitarles el barniz castellano para darles el dorado autóctono de los indígenas.

Además de la obra citada y de numerosas narraciones que editan en la Prensa de Hispanoamérica, Salarrué ha publicado los tomos «El Cristo Negro», «El señor de la Burbuja», «O-Yarkandal», «La vuelta del pasado» y «Clave».

He aquí, pues, las siluetas biográficas de dos ilustres novelistas salvadoreños.

IV

BOLIVIA, CUNA DEL ESCRITOR DIEZ DE MEDINA

He aquí uno de los mejores literatos jóvenes de América. No sólo en Bolivia, donde su obra habrá, necesariamente, tenido una jubilosa acogida por el entrañable valor emotivo de nacionalismo estético que la informa, sino en la Argentina, en Costa Rica, en Chile y en otras repúblicas americanas, la firma de Fernando Díez de Medina es considerada como la de uno de los jóvenes maestros del ensayo literario.

En España va siendo conocido gracias a «La Clara Senda» e «Imágenes» —sus libros anteriores— y a su última y magnífica obra «El velero matinal», que ha caído en manos de la crítica peninsular, y a unas cuantas revistas de primer orden —en las cuales colabora asiduamente— que nos llegan en vuelo intelectual desde América.

En «El velero matinal», notable volumen de ensayos sobre temas diversos, su autor se nos revela como un ensayista que vuelca en las páginas de su obra el exuberante entusiasmo estético de su alma, su gran cultura literaria, un profundo conocimiento de los temas que analiza, desplegando sobre el motivo de las figuras que estudia la poderosa fantasía de una imaginación juvenil, en un estilo magnífico que los escritores hispanoamericanos alcanzan rara vez.

Las páginas de Fernando Díez de Medina son plácidos cauces del sentimiento y de la observación recoleta. Están como envueltas e impregnadas en el sutil ambiente de Bolivia. Exhalan aromas de difícil sencillez y un aire de noble recogimiento espiritual, realmente notables.

Sus dos primeros libros son de versos, triunfo de la metáfora y del pulso del poeta; el obligado tributo del verdadero escritor a las musas, la válvula de escape de una inteligencia clara y de una sensibilidad cierta.

Podríamos añadir aquí que la actividad de Fernando Díez de Medina es polifacética; pero que sea, en un desdoblamiento de su personalidad lozana, político, financiero y periodista a la vez que escritor, poco o nada nos importa. Lo que nos interesa es su obra literaria y ahí está madura y serena, hasta el punto de que nadie diría que es fruto de una joven inteligencia.

Fernando Díez de Medina, boliviano de nacimiento y español por su recia y segura personalidad, honra notablemente la literatura hispana, ya que es pensador de enjundia, ensayista inteligente, que cultiva con raro acierto el árido y manido jardín de las letras.



HECHOS

